

Los nuevos gallegos | Consuelo Nvumba Mañana

EMPRESARIA GUINEANA RESIDENTE EN A CORUÑA

Esperando a que cambie Guinea

Víctor Ombá

REDACCIÓN

«¿Y si nos separásemos?», pregunta Estragón a Vladimir. «Quizá sería lo mejor. Nos ahorcaremos mañana», responde Vladimir. «A menos que venga Godot. ¿Y si viene?», inquiera de nuevo Estragón. «Nos habremos salvado», contesta su compañero.

Este pasaje, extraído de *Esperando a Godot*, es el fragmento conclusivo de la obra del despatriado irlandés Samuel Beckett. Godot no llega porque no hay salvación posible. Lo mismo pasa con Consuelo. Está esperando un cambio en Guinea, pero no llega. Desde que pisó tierras de don Quijote, hace unos veinte años, esta esperanza pende de un hilo. Han pasado veintitrés y todo sigue igual.

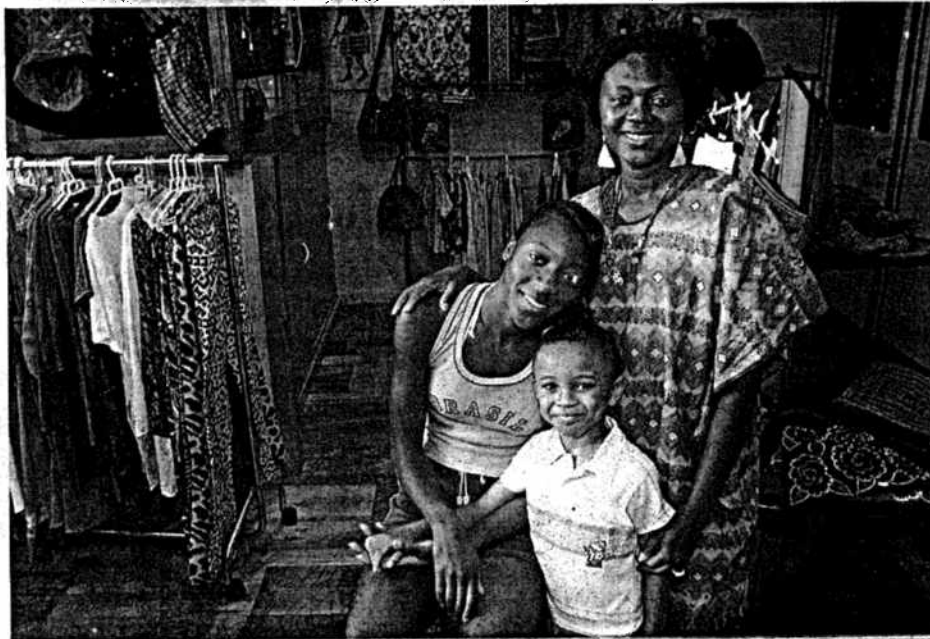
Consuelo llegó a España huyendo del irrespirable ambiente político de su país: Guinea Ecuatorial. Su familia, empresaria, se encontró en el centro de la diana. «Yo era una de las mal miradas. Me tuve que venir porque me molestaban». ¿Quién le molestaba? «El Gobierno». La respuesta es evidente. El Gobierno es la preocupación de todos. Cuenta que su padre ha estado perseguido siempre, «por los golpes de Estado inventados. El pobre ya está cansado. Se deja ver poco y casi ya no se preocupan de él».

El sueño de Eldorado no se manifestó con la misma intensidad en Consuelo que en la mayoría de sus compatriotas africanos. Se siente privilegiada y afortunada, no sólo por haber conseguido la nacionalidad española, sino por no haber sufrido los embates de la vida. «No puedo decir que he llegado como otra gente. No vine a la aventura», apostilla.

El hecho de que tuviera ya en España a uno de sus hermanos y a unos tíos le permitió mantener la cabeza bien alta sin tener que pasar por el aro de las penurias. Una vez aquí se propuso estudiar porque su única ambición era, entonces, volver a su tierra. Pero una cosa es el deseo y otra, totalmente diferente, realizarlo.

De ahí surgió la necesidad de valerse por sí misma. Montó un pequeño locutorio,

Su ambición no era llegar a Europa y recalar en A Coruña, pero la ciudad de Hércules le pareció un lugar idóneo para criar a Ruth, su hija atleta de 17 años



La guineana Consuelo Nvumba Mañana, su hija Ruth —atleta de salto de longitud— y un sobrino, en A Coruña

después de trabajar un año en la embajada de su país y de bailar durante un lustro en varios grupos tropicales brasileños. Ahora ya no baila. Tiene otras ambiciones: cuidar a su hija, Ruth, atleta subcampeona de España y campeona de Galicia juvenil de salto de longitud. Madre e hija recalieron aquí llevadas de la mano de un hombre. «Fue cuando todo iba bien en la relación», remarca Consuelo.

El deseo de construir una familia se desvaneció como hoja que lleva el viento. Al quedarse sola decidió labrarse un futuro aquí, «porque me parecía un sitio tranquilo para criar a mi hija», recalca.

DNI

Nombre. Consuelo Nvumba Mañana. Nació en Guinea Ecuatorial hace 41 años.

Estudios. FP2 y gestión informática.

Trabajo. Empresaria. Propietaria de dos locutorios, uno en la calle Aljón y otro en Juan Canalejo.

SU ILUSIÓN

Un negocio mejor. Buscar otra alternativa que llevar un locutorio. «Lo he probado, pero estoy viendo que cada vez es más difícil salir adelante». Incide en que hay que buscar otra salida, una idea estupenda, original que le cueste «menos dinero, pero que permita aguantar. Me doy cuenta de que todo está inventado», afirma.

SU TEMOR

Morirse aquí. El temor que anida en cualquier inmigrante es tener que morirse lejos de los suyos. Consuelo lo vive como una pesadilla. No quiere volver ahora a Guinea. «Volver para qué?», se pregunta. «Espero marcharme cuando me jubile y pasar el resto de mis días bajo un cocotero».

MEDIO VISADO

LUIS POUZA

La mirada

SOSTIENEN los sabios que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. El principio ni siquiera se cumple en todas las geometrías. Hay mundos alejados de las teorías de Euclides en los que las rectas simplemente no existen. En la vida, que suele ser algo muy distante del perfecto universo euclideo, la distancia más corta entre dos puntos tampoco es la línea recta, sino el olvido, que todo lo aniquila. Ocorre que en Galicia se nos da por ignorar al abuelo que se pasó media vida en Cuba, atado a un mostrador doce horas al día para ganarse los cuartos que enviaba en un sobre marrón a la aldea ultramarina. O que nuestros padres en la generación de ahí al lado, se patearon Suiza, Alemania, Inglaterra y Francia a la caza del salario que les negaba la España dura y gris y triste de la posguerra. A veces hasta olvidamos que hace sólo un puñado de años hubo por aquí una guerra civil que arrojó a miles de paisanos al exilio (esa peculiar forma de emigración forzada). Por eso, en los ojos del inmigrante de la esquina tenemos que recordar que late la mirada del abuelo de Cuba.

«Da pena ver a inmigrantes que al llegar no tienen nada ni a nadie»

Consuelo ya lleva seis años dirigiendo su pequeña empresa de telefonía. Es el bastión hacia el que fluyen todas las nacionalidades, que sin excepción desfilan por las escuetas cabinas. Es también el lugar de encuentro para muchos, aquellos que, corroidos por el paro, no saben dónde meterse.

La entrevista se interrumpe en varias ocasiones por la llegada de proveedores de tarjetas de telefonía. En cada parada, Consuelo hace al periodista señas para que aguarde, se disculpa y se marcha.

—¿Usted nunca pensó en volver a su país?

—Sí que lo tengo en mente. Si las cosas se arreglan, sí que puedo volver. Vine con veintitrés años. Ahora tengo cuarenta y uno y las cosas siguen igual.

—¿O peor?

—Están peor en toda África.

—¿Qué tipo de sentimientos le provoca ver a un inmigrante que acaba de llegar y que no tiene a quién acudir?

—Da pena. A pesar de pasar lo que están pasando, esperaban que Europa fuese de otra forma.

La morriña y su esencia

Consuelo confiesa que lo bueno sería que nadie tuviese que salir de sus respectivos países, pero es evidente que cada uno se busca la vida como quiere y como puede.

Cuando el periodista le pregunta si no siente cierta nostalgia, la misma que definía Castela hablando de los emigrantes gallegos, deja escapar una risita. «La morriña la tenemos todos», afirma. La morriña es la esencia que nos define, la segunda piel que se nos pega cuando ya lo hemos perdido todo.